



LOS "HIPPIES": UN FENOMENO SOCIAL NORTEAMERICANO

MARGARET RANDALL

(Trad. de
GONZALO MARTINEZ,
Depto. Idiomas de la ULA).

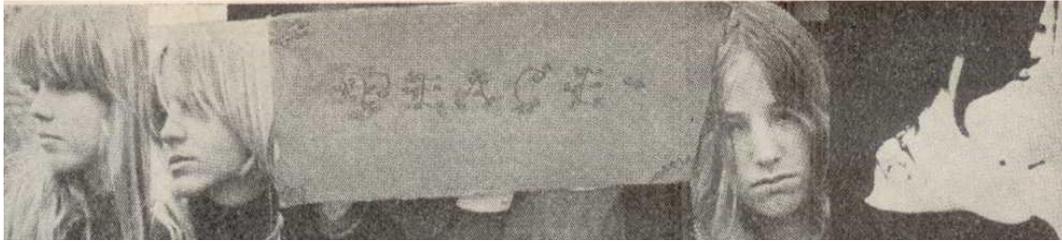
Los "hippies" no constituyen un grupo especial de rebeldes. Sea cual sea el sentido que se dé a la palabra, ellos no son en absoluto rebeldes. A medida que aumenta su número, las diferencias — más que las semejanzas — entre ellos y los existencialistas de los años veinte, la "generación perdida" de los treinta o los "beatniks" de los cincuenta, se hacen más aparentes. En otoño de 1967 eran casi dos millones de seres humanos. Su actitud representa una reacción ante una sociedad monumental en los espasmos de la agonía. La declaración de San Francisco conocida con el nombre de "death of hip"⁽¹⁾, no altera lo más mínimo la configuración del grupo, y, por comodidad de vocabulario, me referiré a ellos como "hippies".

Nacidos y criados en "la nación más grande del mundo", en oposición a una estructura de poder aparentemente inquebrantable, a una automatización extrema, a una creciente ausencia de valores morales y a una vida donde el dinero es todopoderoso, los hippies se han apartado del "american way of life".

Todo ello resulta beneficioso, tanto en lo esencial, que es su búsqueda de nuevos valores, como por el hecho de que su sola presencia es ciertamente un signo de la avanzada desintegración del poderío de la clase media norteamericana. Un signo saludable, quizás, en el sentido inverso de la palabra. Los periódicos norteamericanos están llenos de ruegos paternos: "Vuelve a casa, Johnny, dondequiera que estés. Nosotros comprendemos. Firmado, mamá y papá". Sería demasiado esperar que la clase media norteamericana reconsiderara sus valores a la luz de los actos de su juventud, pero algo saldrá quizás de todo ello. Es un fenómeno paradójico, y su proceso va en ambos sentidos.

Los "hippies" son más antipolíticos que apolíticos. Representan un culto extremadamente religioso, y como tal constituyen un excelente pasto para un nuevo fascismo. Mucho antes de los "hippies" de hoy, en un ensayo — "The White Negro" — publicado en *Dissent* en 1957, el novelista norteamericano Norman Mailer se refería al predecesor de los "hippies", "El Hipster", en los siguientes términos:

(1) En la que un grupo de hippies declararon enfáticamente que ellos no constituían un grupo sino individualidades (N. del T.)



“Que el deseo por parte del “hipster” de una libertad sexual absoluta represente una concepción genuinamente radical de un mundo diferente, es, por supuesto, otra cuestión, y es posible, puesto que el “hipster” vive con su odio, que muchos de ellos sean material idóneo para una élite de fuerzas de choque dispuestas a seguir al primer líder realmente magnético cuya opinión sobre el asesinato en masa venga expresada en un lenguaje capaz de emocionarlos”.

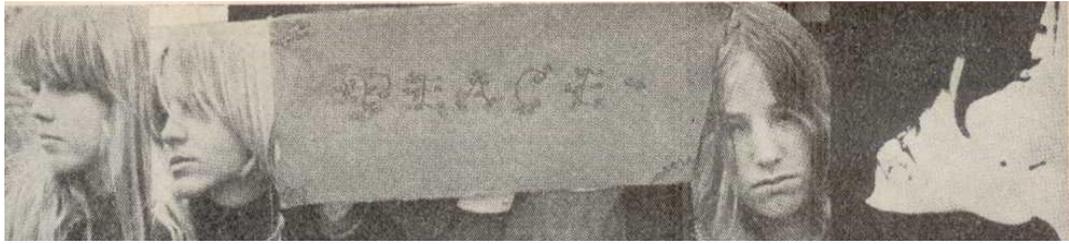
Examinemos las raíces: La palabra “hippie”, derivado de “hipster”, procede del término “hip” o “hep”, que significa “consciente”, “enterado”, alguien que sabe, que está en contacto, conectado con algo. Naturalmente, estar conectado con algo significa estar desconectado de la sociedad fraudulenta y conectado con una verdad “espiritual”. Como introducción a la definición actual, paso a citar de nuevo a Mailer:

“En esta sobrecogedora escena (las consecuencias de la segunda guerra mundial) es donde aparece este fenómeno: el existencialista norteamericano, el “hipster”, el hombre que sabe que si muestra condición colectiva es convivir con la muerte instantánea por obra de la guerra atómica, la muerte relativamente rápida a manos del Estado como *univers concentrationnaire*, o una muerte lenta por el conformismo, con todo instinto de creación y rebeldía asfixiado (y ningún instituto de investigación del cáncer podrá detectar en un futuro inmediato los daños causados a la mente, el corazón, el hígado y los nervios), si la suerte del hombre del siglo XX es convivir con la muerte desde la adolescencia hasta una prematura senectud, entonces la única respuesta vital es aceptar los términos de la muerte, vivir con la muerte como peligro inmediato, divorciarse de la sociedad, existir sin raíces, echarse a andar en ese viaje sin rumbo hacia los imperativos rebeldes del yo. En resumen, sea o no criminal la vida, hay que fomentar el psicópata en uno mismo, explorar ese campo de la experiencia donde la seguridad es hastío y por tanto enfermedad y uno existe en el presente, ese enorme presente sin pasado ni futuro, recuerdos ni intenciones, esa vida por la cual el hombre debe andar hasta caer vencido, en la cual debe poner en juego todas sus energías a través de todas esas pequeñas o grandes crisis de valor y todas esas situaciones imprevistas que acosan su existencia, y a la cual debe adaptarse si no quiere verse condenado al fracaso. La esencia oculta del “hip”, su brillantez psicopática, tiembla ante el conocimiento de que nuevas formas de victoria aumentan la capacidad para nuevas formas de percepción; y las derrotas, las derrotas injustas, atacan el cuerpo y aprisionan la propia energía hasta que uno se ve cogido en el ambiente aprisionante de hábitos ajenos, derrotas ajenas, del hastío, de la lenta desesperación, y de la helada y muda furia autodestructora. O se es “hip” o se está “encuadrado” (alternativa que empieza a presentarse a todas las nuevas generaciones que acceden a la vida norte-

americana), o se es rebelde o se es conformista. O se es pionero en el "Wild West" de la vida nocturna norteamericana, o se es una célula encajada, atrapada en los tejidos totalitaristas de la sociedad norteamericana, condenada, quiéralo o no, al conformismo si quiere triunfar".

Esta descripción del "hipster" 1957 arroja sólo una luz parcial sobre el "hippie" 1967. En diez años, aunque los Estados Unidos no hayan cambiado como potencia, al menos una gran parte de la población es mucho más consciente de su verdadera condición. En todo el mundo la máscara está cayendo, y — aunque sólo sea por resonancia — también está cayendo dentro de los Estados Unidos. El verdadero Tío Sam se está mostrando en toda su monstruosidad, y ante la evidencia, la evasión se hace mayor, más nihilista, más psicótica, más "lanzada". A los recuerdos de Hiroshima ha venido a sumarse la realidad de Santo Domingo y Vietnam. Y la Gran Democracia cuya policía protege a quienes manifiestan disconformidad, no puede ya ocultar el hecho de que los manifestantes no causan la más mínima impresión, no detienen en absoluto la creciente y "escalante" política del gobierno. En la prensa "libre" se cueban incluso ciertas verdades sobre Cuba, aunque el viajar a la isla todavía se castigue con la pérdida del pasaporte. Los inocentes miembros del Cuerpo de la Paz regresaron hace dos años a Washington a hacer pública — aunque rápidamente fueron acallados — su desilusión respecto a las actividades norteamericanas en tierras extranjeras. El movimiento estudiantil Por Una Sociedad Democrática (el grupo más auténticamente revolucionario que ha aparecido en la "nueva izquierda") y el movimiento del Poder Negro han ido más allá en amplitud y acción que los manifestantes de múltiples movimientos, pero se enfrentan a una estructura de poder tan grande que su fuerza de policía internacional, la C.I.A., es considerada universalmente incluido en el mismo "establishment", como más poderosa que la Gestapo y la N.K.V.D. stalinista juntas. En una encuesta reciente, el 53% del público norteamericano se mostró escéptico con respecto a la versión de la Comisión Warren del asesinato de Kennedy, pero quienes se han consagrado a buscar la verdad del crimen — así como los pocos testigos que desafiaron valientemente a la Comisión — están siendo eliminados diariamente. Hasta aquí lo referente a la política. Algunos "hippies" fueron en un momento dados políticos y muchos proceden de familias izquierdistas (aunque la mayoría procede de la alta burguesía). Pero todos están hartos de luchar. Y han abandonado — si es que alguna vez la tuvieron — toda esperanza de cambio político.

Y esto, socialmente, es el quid del problema. Si esta gran masa de energía humana — la juventud — fuera capaz de aliarse con la verdadera izquierda, el resultado sería la guerra civil o la revolución. Pero son incapaces. Se procla-



man “hijos de las flores” (instituyendo el amor universal, ofreciendo flores a los policías y hasta puliéndoles los zapatos o lavándoles los carros). La protección policial ha llevado al amor a la policía. Mientras el mundo emerge lentamente, al fin, de la ética cristiana, los hippies todavía están “mostrando la otra mejilla”. Han elegido la línea pacifista. El pacifismo logró algunos pequeños avances en derechos civiles, pero no será un arma efectiva contra el fascismo. Los hippies no irán a luchar en Vietnam, pero tampoco lucharán por ninguna otra cosa en ningún sitio. Están pero que muy lejos del sacrificio consciente de quienes quemaron las tarjetas de reclutamiento y de otros que se han negado a combatir.

Como es lógico, el gobierno norteamericano, aunque simule otra actitud, ve con buenos ojos este elemento, inofensivo en su protesta, inútil para la revolución. Ciertas autoridades exigen que la C.I.A. respalde algunos de los proyectos de los hippies, y ¿por qué no?: no encierran el menor peligro. Los medios oficiales de comunicación — Time, Life y otros —, presentan a los hippies como “inofensivos, exóticos, extravagantes”. Y el gobierno se muestra más y más tolerante con las manifestaciones hippies que hace cinco años habrían sido castigadas con larga prisión. En el *National Guardian*, de Nueva York, del 12 de agosto de 1967, se lee:

“YERBA EN LA YERBA EN NUEVA YORK: Durante cuatro domingos de julio y agosto, grupos cada vez más numerosos han estado fumando marihuana en Thompkins Square Park bajo la mirada de la policía, vigilante pero sin ánimo alguno de intervenir.

La primera “sesión” tuvo lugar el 16 de julio, cuando se suministró marihuana gratis a 150 personas. Se distribuyeron volantes invitando a una segunda sesión para el 20 de julio organizada por un grupo llamado de los “provos” de Nueva York, una especie de grupo “anarco-hippie” no organizado, cuyos miembros se describían como “morfinómanos subversivos”. Según los “provos”, en la segunda sesión participaron 400 personas, 2.000 en la tercera, y el 6 de agosto 4.000 personas se fumaron tres kilos de “yerba”.

En ninguna de estas ocasiones practicó ninguna detención la policía, ni intervino en modo alguno (aunque en algunos momentos tuvo que rechazar “invitaciones” expresas de los participantes”).

Volvamos ahora a la pregunta: ¿quiénes son los hippies? ¿Cuál es su apariencia? ¿Qué es lo que piensan y qué es lo que quieren? Para comenzar, hay que señalar que el movimiento es un gran grupo religioso, de holgada trama, un culto extremista. El lema es “cada cual a lo suyo”, lo que significa: “haz lo que te provoque, aquí, ahora”. El sumo sacerdote es el Dr. Timothy Leary ex-profesor de Harvard expulsado de esa Universidad por sus experiencias con drogas “liberadoras de la conciencia”; y predicador del uso universal de LSD (ácido lisérgico) y otras

sustancias psicodélicas similares. Se traslada de un centro hippie a otro — Los Angeles, San Francisco, Nueva York, Chicago, Detroit... — con su larga y flotante túnica blanca, el cabello gris balanceándose sobre sus hombros, con collares y amuletos en torno al cuello y una expresión de éxtasis en los rasgos de su firme y bien formado rostro de hombre maduro. Los hippies lo imitan: pantalones y camisas (tanto de hombres como de mujeres) que a menudo tienden a formas vestimentarias orientales, sargas de cuentas, cabello largo, y a veces desconcertantes y relucientes dibujos en la cara y los brazos.

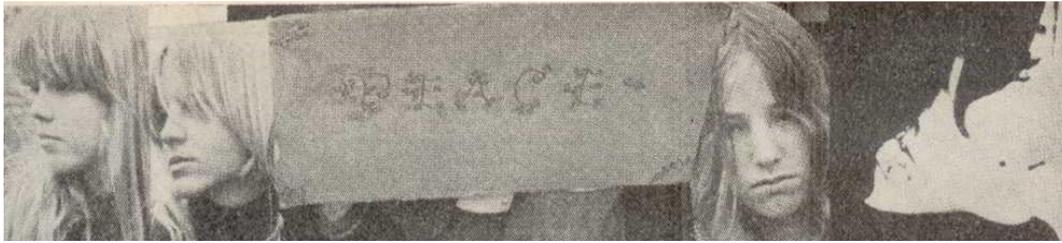
La tendencia es antiintelectualista: al joven se le exige que abandone las aulas y “viva”. Se tiende también a lo puramente actual: ni el pasado ni el futuro tienen importancia alguna. La tendencia antiintelectualista ha borrado un pasado del que nadie quiere saber nada, y las drogas han borrado un futuro que no existe.

En *The Fake Revolt* (Breaking Point, Nueva York, 1967), G. Legman dice:

“Como, contra lo que comúnmente se cree, la enorme mayoría de hippies y “beatniks” son incapaces de expresarse, hasta la estupidez, y ni siquiera tienen pretensiones intelectuales o artísticas, resulta que su especialidad es un exhibicionismo ruidoso y ofensivo, expresamente dirigido a enfurecer a padres, policías y demás “encuadrados”. Las melenas y los tambores de bongó, el besar a los policías y las caídas de pantalones, son formas elementales de esta provocación barata y extrovertida. Lo de las drogas está igualmente dirigido a desafiar y provocar (ése es el secreto, y de ahí que no se pueda detener), aparte de ser el rasgo fundamental”.

Yo le discutiría la inclusión aquí de los beatniks, puesto que muchos eran muy capaces de expresarse. En realidad, yo digo que los hippies son algo totalmente nuevo, como fenómeno, tanto en número como en actitud. También pondría en duda expresiones y términos como el de las “melenas”, porque creo que hay un vestigio de espontaneidad, y mucho de plausible, en los aspectos del movimiento que indican un regreso a la naturaleza. Sin embargo, hay mucho que decir en abono de las observaciones de Legman.

La importancia sociológica del masivo movimiento hippie reside en su inmenso “NO”: no a la sociedad, no a la automatización, no al falso intelectualismo y a las universidades estilo fábrica, no a todo el “American Way of Life”. La tragedia del movimiento es que carece de un “SI”. El sí ejemplificado por el Poder Negro, por la cadena de “universidades libres” fundadas y dirigidas por políticos radicales, y hasta el ya algo obsoleto sí de los pacifistas, no puede ser aceptado por estos marginados que se han abandonado a la NADA.



Los hippies proponen otro sistema, pero no se dan cuenta de que éste cae naturalmente dentro de la estructura del ya existente, se nutre de él y se convierte en su instrumento, con todos los harto conocidos medios de que dispone la Avenida Madison. Proponen la abolición del dinero, y a tal fin los "Diggers" (un activo grupo hippie) ofrecen comida gratis a cientos de personas todos los días a las cuatro de la tarde en el Golden Gate Park de San Francisco. Han fundado clínicas donde se proporciona todo tipo de asistencia médica (incluidos psiquiatras especializados en el tratamiento de los "malos viajes", término que se da a las experiencias con drogas que resultan desastrosas). Pero tales clínicas, económicamente inviables en una sociedad que ellos en vano tratan de ignorar, están cerrando rápidamente. Algunos hippies han llegado a fundar pequeñas comunidades donde hombres, mujeres y niños trabajan la tierra y viven de sus productos, fabricando sus ropas, construyendo sus casas, etc. Pero todos estos proyectos se basan inevitablemente en la economía norteamericana ya existente; nadie engaña a nadie mucho tiempo. Y el aspecto religioso del movimiento se completa con las adecuadas vestimentas y ornamentación; las tiendas hippies o "psicodélicas" venden flores de papel, collares de abalorios y gran variedad de artículos para la "contemplación", y muchos hippies con dinero que pertenecen a la clase media pagan enormes precios por estos ornamentos del culto.

Por supuesto también hay que mencionar a las "chicks" (muchachas jóvenes) que se sientan en las esquinas de San Francisco, hacen collares u otros objetos de rudimentaria belleza artística y los venden a bajo precio (sólo lo justo para comer) o los regalan a los transeúntes. Pero esto, desgraciadamente, no es lo corriente. Los hippies están alejados de la verdadera situación mundial. Dicen "cada cual a lo suyo" y se mantienen fieles al lema. Pero ni saben ni se preocupan de la gran mayoría de la población mundial que se verá en un aprieto para "ir a lo suyo" muriéndose de hambre como está bajo la explotación imperialista o su contrapartida local. Como en todas las religiones, el "reino de los cielos" es algo interior, accesible en este caso mediante el uso de drogas que hacen posible el contacto con la gran "verdad interna".

Aunque algunos lo ven como un movimiento natural y apasionado, la verdad es que los hippies apenas si lo son, o tienen un extraño y nuevo desapasionamiento. O buscan la antítesis del apasionamiento. Apasionamiento evoca acción política, energía constructiva, esfuerzo, la teoría de Reich sobre la libertad sexual, todo por el bien común. El único "bien común" de los hippies es el suyo propio, y aún eso es discutible. No hay una izquierda combativa. Y es bastante comprensible que se haya llegado ahí, dada la naturaleza de la super-sociedad en que el hombre es un número y su destino está controlado por un poder muy superior al de su derecho nato. Esta ausencia de apasionamiento

quizás esté mejor ejemplificada en la actitud hippie hacia el sexo y/o el amor. La consigna a este respecto es "frío" (desprendido, imparcial, desinteresado). El uso de drogas acentúa tal actitud. Legman dice:

"La FRIALDAD es la nueva enfermedad venérea. Una total falta de afectividad, la incapacidad de *sentir*, el miedo a tocar, especialmente en lo sexual. Es una perversión cultural que se autoperpetúa y que, una vez contraída, no tiene cura. A los hijos la transmiten los padres: el medio-hombre Pop y la putilla Mom (con ropa masculina), que sólo pueden transmitir su especie, y sólo hallarán pareja de acuerdo con sus neurosis. Esta es la clave de la absoluta confusión sexual de nuestra época".

Los hippies no creen en el orgasmo (tal vez son incapaces de él cuando están drogados; o creen en el orgasmo sin fin bajo los efectos de la droga) y su experiencia en este campo lo mismo puede referirse a las relaciones entre hombre y mujer que entre hombre y hombre, mujer y mujer, adultos y niños, seres humanos y animales o varios a la vez. Todo tabú es tabú. El boleto de la libertad hacia un estado de absoluta falta de libertad.

Por entre la aparente autosuficiencia del hippie rezuma una evidencia cada vez mayor de auténtica desesperación por parte de muchos creyentes. Las secciones de anuncios de las dos docenas de florecientes periódicos hippies ("The Berkeley Bar", "The San Francisco Oracle", "The Los Angeles Free Press", "The Chicago Seed", "The East Village Other" — Nueva York —, etc., etc.), están llenas de demandas de evasión. Así:

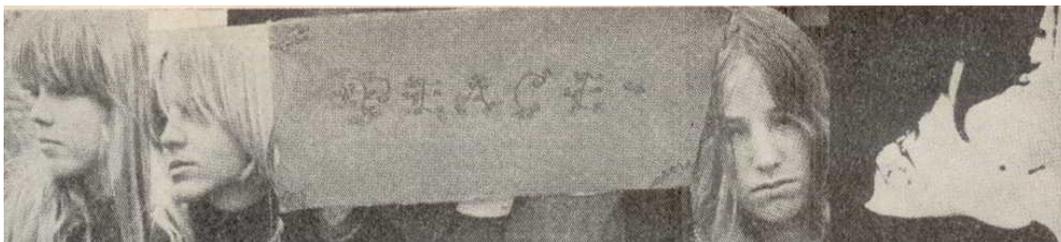
"Joven científico triunfador, encuadrado y viril, que desee redimir para siempre a joven rubia y elegante, encinta o con un hijo, de la vida de descontento, hastío y crónica desconexión".

o:

"Al borde del suicidio. Unica esperanza un buen cristiano que me necesite y cuide de mí. Con una enfermedad mental pero junto a un hombre bueno sería mi mejor medicina. Un hombre que sea humilde y bondadoso y tenga fe en que todo el mundo se ha de salvar como asimismo los demonios y que quiera que vivamos como hermano y hermana solamente por favor acuda a verme. Este anuncio no es una broma. Mi marido ha pedido el divorcio por otra y no puedo soportarme a mí misma".

o:

"Soy una muchacha sencilla y amargada, de 28 años. Estoy harta de farsantes. Desearía conocer a un hombre maduro, bondadoso y condescendiente... la apariencia no importa pero la amabilidad sí..."



o este otro:

“Joven escritor fracasado próximo al suicidio solicita ayuda de joven cálida y sensible”.

o:

“Matrimonio mayor para hacerse cargo de 2 muchachas desilusionadas. Escribir a Apartado C, del Mar, California”.

o éste:

“Tengo 25 años, soy bajo, feo, y nunca he llegado hasta el final. A la muchacha que me conceda esta suma de todo placer mostraré mi gratitud como tú lo desees. Llama a Joe...”

Son anuncios auténticos, con teléfonos auténticos y auténticas direcciones. Figuran entre otros anuncios del tipo “Varón sobrio recién llegado de la alta sociedad sureña solicita muchacha pareja o grupo para el arte del amor a la francesa”, “Alquile un sádico por días, semanas o meses”. Cada cual a lo suyo. Todo vale.

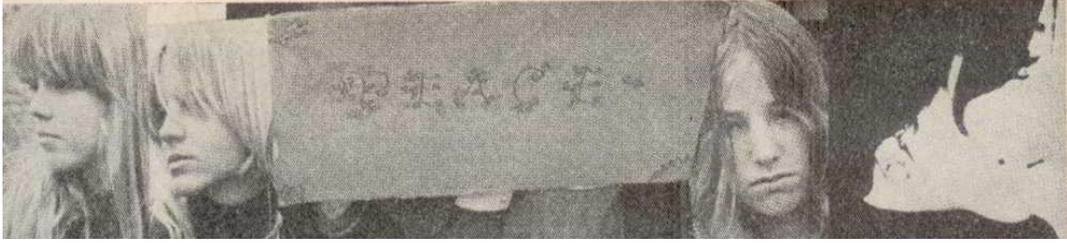
Este es un movimiento de creatividad constante de un arte amable pero no real. Hay talento en los conjuntos de “rock”, y las canciones de moda de importantes intérpretes (desde los Beatles, Bob Dylan y otros hasta los grupos más recientes: The Jefferson Airplane, The Electric Prunes, The Winchester Cathedral, The Grateful Dead, etc.) son originales y efectivas. El moderno arte del “poster” aparecido en San Francisco, es competente, en el mejor estilo relaciones-públicas-vía-Aubrey Beardsley. A nadie se le escapa cuál es la situación: la enorme distancia entre la sociedad de padres de la clase media y sus hijos e hijas; pero a partir de ahí ya no se sabe cuál será el paso siguiente: sólo “cada cual a lo suyo”. En los enormes y atestados salones de baile (como el Fillmore de San Francisco, que una noche cualquiera alberga a miles de personas), los hippies montan su espectáculo. La música es de tal estridencia que deja de ser música; los que no se contorsionan, se ocupan en pintar en el piso o en los demás, con pintura fluorescente, interminables e intrincados diseños psicodélicos, mientras las paredes y el techo sirven de infinita pantalla para el cambiante juego de luces (“el espectáculo psicodélico de luz”, se le llama). En este conjunto de locura visual y auditiva, lo que rige es el “aquí y ahora”. Cuando uno se integra, ya no queda ni pasado ni futuro ni apenas presente. Lo efímero elimina al “arte”, que ni puede ni debe destruirse.

Al igual que en todo grupo religioso, el proselitismo tiene aquí tremenda importancia. Bajo la fachada de flores, está el amor, que debe ser impuesto al mundo. Stolkeley Carmichael lo describió muy bien cuando, al preguntarle un

grupo de hippies londinenses qué podrán hacer para ayudar a los negros norteamericanos, "Bueno, cuando ellos nos disparen en los ghettos, ustedes pueden arrojarles flores".

Y, al igual que todo culto u organización, los hippies tienen su propia fuerza de policía, a la cual (y esto sí que es un dato positivo) la fuerza regular de policía tiene un pánico de muerte. En San Francisco, los protectores (por autodesignación) de los hippies son los Angeles del Infierno, un clan juramentado de mortíferos patoters motorizados, irreducible por ningún representante de "la ley y el orden". Hace varios meses, en San Francisco se montó una de las periódicas sesiones "in" (reuniones en que los hippies y sus acompañantes ocupan un parque público para dedicarse al amor libre y al reparto de comida gratis, música gratis, drogas gratis y flores gratis). Miles de personas llenaron el Golden Gate Park, rodeadas de escuadrones de impotentes policías que se limitaban a observarlos. El único "incidente" ocurrió cuando un muchacho trató de interferirse en el sistema público de comunicación y al instante aparecieron los Angeles del Infierno, en su papel de protectores, para hacerlo pedazos con sus navajas. Nadie los detiene. Cuando han acabado con una víctima vuelven a sus trepidantes máquinas y se pierden en la noche (o en la tarde), siempre juntos, siempre muchos. Nadie puede negar que esta falta de atención a la intervención policíaca oficial en los Estados Unidos está muy bien; la tragedia está en la falta de un sustituto positivo. Por supuesto que el Gobierno Federal puede movilizar tanques y ametralladoras (como tan eficazmente hizo en los tumultos reales de negros en Detroit, Newark y otras quince ciudades de todo el país el verano pasado), pero su actitud es obvia: ¿por qué destruir un movimiento que puede ser usado tan beneficiosamente a favor del sistema?

Los beatniks de los años 50 fueron predominante y fundamentalmente un movimiento literario. La publicación de *Howl*, de Allen Ginsberg, en 1956, rompió de una vez por todas con cualquier vestigio de expresión victoriana y se convirtió, dejando a un lado su valor real como poema, en el credo de una generación. Jack Keruac, en su novela *On the Road*, presentó la historia del beat viajero, de ciudad en ciudad, hablando, soñando, viviendo, leyendo y escuchando la nueva poesía, buscando la visión perenne, viviendo una nueva libertad al margen del status quo de la postguerra y rebelándose contra los valores de éste. Pero el ir de ciudad en ciudad no dejaba de tener un objetivo. La marihuana reemplazo al licor, y ello fue un paso en la dirección correcta. Lo que de "religioso" había en el movimiento era terriblemente personal e individual. Los beatniks no hacían proselitismo. Aún sus barbudos y ensandaliados seguidores, aunque no produjeran poesía de auténtico valor, eran simplemente extraños en una sociedad que ya no podían soportar. Y lo que ha quedado



es un puñado de excelentes poemas y magníficas novelas de ese período: Ginsberg, Gregory Corso, Philip Lamantia, Michael McClure, *El Doctor Sax* de Jack Keruac, *Cain's Book* de Alexander Trocchi, *Last Exit to Brooklyn* de Hubert Selby, *Naked Lunch* de William Burroughs, etc., etc.

La realidad del movimiento se definió en el arte que produjo y en el teatro que originó los "happenings" (una forma totalmente nueva y heterogénea de arte). Había energía entre los beats; muchos de los antiguos beatniks aceptaron compromisos serios con el mundo, con la vida. Allen Ginsberg es ahora uno de los sumos sacerdotes (con Leary) de los hippies. Siguen el culto y tratan de imitarlos. Pero Ginsberg, en un momento dado, se aparta de todo eso para ir a leer sus poemas en el Prince Albert Hall de Londres, asistir a un seminario en Buffalo, o dar clases o conferencias en cualquier otro lugar. Los hippies se quedan en casa y hacen collares.

Los hippies son la antítesis de todo movimiento planificado. No pueden producir más que un collar de cuentas; no pueden ofrecer más que una flor. Se han apartado de la sociedad pretendiendo renovar esa misma sociedad. Y no han destruido la sociedad, reemplazándola con algo diferente, sino que están siendo utilizados por ella en todo momento y no parecen darse cuenta ni importarles. Y no son sólo cien o quinientos, sino dos millones. Los tiempos, también, han cambiado. En el apogeo de la era beatnik había cosas muy reales por las cuales luchar en los Estados Unidos. El trato inhumano a los homosexuales, los severos castigos por la posesión de marihuana (que no creaba hábito), la ridícula censura de libros vendidos libremente ya hacía mucho en Europa, hasta cierto punto la abolición de los prejuicios entre blancos y negros y diversos programas de derechos civiles. Todas estas cosas eran la bandera del beatnik. Con él se podía contar para manifestaciones, marchas (que en una sociedad como los Estados Unidos tenga o no valor tales manifestaciones ya es otra cuestión —yo diría que no—, pero al menos la intención existía). Que su comprensión de los problemas no fuera, en general, completamente política, no tenía demasiada importancia; él sabía instintivamente a qué causas contribuir con su presencia y energías.

La creencia predominante era entonces que los Estados Unidos eran una "democracia" buena y justa que sólo necesitaba un poco de estímulo para volver a los elevados ideales de los días de la revolución y la guerra civil. Que esto no fuera cierto ni aún entonces no quitaba valor a la autenticidad de lo individual. Sucesos recientes, sin embargo, han demostrado —por lo menos aquellos con cierta visión política— que los Estados Unidos no son un "buen" país. Vietnam, Santo Domingo, la invasión de Bahía de Cochinos... las pruebas se acumulan. Incluso el programa de la "gran sociedad" empieza a ser tenido

por lo que es. Las excusas no se encuentran ya fácilmente. Así que la extrema izquierda se ha unido a la revolución mundial. La izquierda moderada continúa con sus confusas, aunque bien intencionadas, manifestaciones y protestas — contra el uso del napalm por parte de una nación que debe usar napalm en virtud de su papel mundial — dando cuando menos testimonio de conciencia. El movimiento del Poder Negro (al cual se han unido recientemente algunos mexicano-estadounidenses y portorriqueños) ha comenzado a luchar en las calles, con la esperanza de traer la revolución al país. Buena parte de la juventud, atrapada en la impotencia política de la mayoría de la izquierda, han optado simplemente por abandonar el país y emigrar en grupos al Canadá, México y otros países. Allí esperan, pero no siempre esta espera es indolente. Los hippies se limitan a quedarse en casa y evadirse.

Cabría discutir el valor de una manifestación en un país donde la policía protege a los manifestantes. Cabría también considerar el papel del Canadá en la política mundial por un lado, mientras que por el otro publica libros de aliento a esos especiales emigrantes norteamericanos. Pero éstos son aspectos que requieren gran atención y es mejor dejarlos para tratarlos por separado.

En todo sentido, si bien ausentes, los hippies están siempre presentes. Inadvertidamente, quizás estén usando los mismos métodos que la Avenida Madison (a la vez que ésta, hábilmente, recoge los de ellos). Los slogans, en lugar de aparecer en carteleras, en la televisión o el cine, se llevan ahora como insignias en forma de botones, los famosos "badges". Y se venden por cientos de miles:

"HAZ EL AMOR, NO LA GUERRA", "MATA UN COMUNISTA POR CRISTO", "MARY POPPINS VENDE DROGAS", "EL PASTEL DE MANZANA ESTERILIZA", "ESTERILIZA A L.B.J.: BASTA DE NIÑOS FEOS", "LA REALIDAD ES UNA MULETA", "DIOS ESTA SANO Y SALVO EN MEXICO", "HAGO LO QUE ME PLACE", "TRAGA CERVEZA, NO ESTUDIANTES", "PODER BLANCO", etc., etc.

No hay nada sagrado (lo cual está muy bien), pero la idea de que nada sea sagrado es terriblemente sagrada y esa religiosidad no es nada consistente. Cada cual a lo suyo, pero sin emoción.

La rebelión hippie no puede considerarse como una revuelta temporal y juvenil al estilo de la beatnik porque, mientras que la marihuana es una droga relativamente inofensiva y que no crea hábito (el inédito informe La Guardia preparado por el alcalde de Nueva York de ese nombre hace 25 años, la colocó por debajo del alcohol y los cigarrillos en cuanto a posibles daños para el organismo), las drogas empleadas por los hippies han sido señaladas — incluso por ciertos dirigentes hippies y por el mismo doctor Leary — como poseedores de



características que destruyen las células. El LSD es un destructor de cromosomas capaz de deformar al embrión humano, y se han observado mutaciones de genes hasta en casos en que la futura madre había usado la *droga* antes del embarazo. Estados de paranoia y desequilibrio extremos han sido causa de no pocos suicidios. El suicidio, naturalmente, no se debe fundamentalmente al uso de ninguna droga, y con razón se señala que los suicidios que resultan del uso de LSD y otras drogas similares se habrían producido igualmente con otras formas de "evasión". Pero la insistencia, por parte de los "sumos sacerdotes" hippies, en hacer participar en todo ello a la gran mayoría de jóvenes inexpertos, ha producido muchas crisis y ha hecho necesario recurrir a la policía y a los médicos, sin que éstos, en general, estén capacitados para tratar los resultados. Cualquiera que sean las propiedades liberadoras de la conciencia que se les reconozcan a estas drogas (y no dudo que las tengan, sobre todo en condiciones ideales, tales como los ritos indígenas del peyote y las ceremonias de hongos de los indios de Oaxaca), no puede descartarse la degeneración física y psíquica. Por supuesto que a los hippies esto no les preocupa; ellos se han abandonado conscientemente.

Generalmente la edad es de diecisiete a diecinueve años. Y hay seguidores adolescentes que sólo tienen doce, trece y catorce. ¿Quién puede predecir qué quedará de una muchacha de diecisiete años que se ha estado drogando durante años, que ha experimentado toda relación sexual conocida (¿perversión?) con la "mayor frigidez" posible, que es antiintelectualista hasta el punto de no pensar y que se está engañando a sí misma por añadidura con esos regateos? ¿Qué será de los hijos de estas uniones cuando sus padres se hayan evadido hasta la catatonia y el Estado no se haya socializado hasta el punto de hacerse responsable de su muerte? ¿Qué será de los hippies cuando tengan veinticinco, treinta, cuarenta años? Los hippies crecen diariamente en número (cada vez con mayor hastío, mayor impotencia contra un poderoso sistema que ha producido una sociedad degenerada, un pacifismo que ya no produce ningún resultado, por la ausencia de verdadera respuesta de parte de los padres, profesores, ni nadie). Ellos siguen evadiéndose, más, y más, y más, pero el mundo continúa su marcha a pesar de ellos. ¿Cuál será su situación cuando se decidan más importantes destinos?

